



MEMENTO HOMO...

¡El hombre!
Somos polvo y en polvo nos habemos de convertir.
Y la Iglesia, al recordárnoslo, pone ceniza sobre nuestra cabeza.
¿Véis ese hombre que, afortunado en sus negocios, ha logrado contar sus ganancias por millones?
¿Y ese que ha logrado arrancar a la ciencia sus secretos y abrir nuevos cauces al progreso humano?
¿Y ese que llenó el mundo con la fama de sus hazañas?
¿Y ese que bebió en todas las copas de placer?
Esperad unos días, tal vez unas horas,

A la tierra entregaremos su cuerpo, y su cuerpo se convertirá en polvo.

¡Si no lo olvidáramos!
Un día nos ha de llegar la muerte. Hoy unos, mañana otros, todos hemos de ser sus víctimas.
Y despojados hasta del cuerpo, el alma arribará a la eternidad.

A la eternidad, en donde no se cotiza el oro, sino el bien.
Ni se avalora la ciencia, sino la fe.
Ni se ponderan las hazañas, sino los actos de virtud.

Ni se premian los placeres disfrutados, sino los dolores pacientemente sufridos.

A la eternidad, en donde toda justicia queda satisfecha, porque no hay bien que no sea premiado, pero tampoco hay mal que no reciba su castigo.

A la eternidad, en donde ya no se pueden rectificar los yerros de la vida anterior.

¡Si no lo olvidáramos!
Porque este recuerdo no entenebrería la vida.
Ni la haría menos agradable.

Este recuerdo no haría sino servir de lastre al alma para evitar su naufragio en el mar revuelto de las pasiones.

Porque el recuerdo de la eternidad es un estímulo para obrar el bien.
Es un freno para evitar el mal.
Es un consuelo en las horas de angustia y de dolor.

Es una esperanza en las noches trágicas del infortunio.

¡Si no lo olvidáramos!
Por esto la Iglesia nos lo recuerda todos los años en el día de Ceniza.

Y manda a sus Ministros que nos lo recuerden en sus predicaciones Cuaresmales.

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 20 Febrero 1925

Núm. 620

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1378

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

Y nos hace pensar en ello con los ayunos y abstinencias que nos impone en el santo tiempo de Cuaresma.

Porque no debemos olvidarlo.

¿No vamos hacia la eternidad?

¿Cada día y cada hora que vivimos no son unos nuevos pasos que habemos dado hacia ella?

¿Y cada instante de vida no es un nuevo mazazo que el tiempo da para convertirnos en polvo?

¡En polvo!

Primero carne sin vida.

Gusanos luego.

Polvo después.

Más tarde, nada.

Esto en el cuerpo formado del barro.

¡En cuanto al alma!... Responsabilidad ineludible, juicio justísimo y justicia inexorable.

¿Que no encajan bien estos recuerdos en una época, como la actual, en que el afán de vivir, y de vivir cada vez vida más cómoda, se lo lleva todo?

La Iglesia, que no entiende de prudencias humanas, que son necesidad, sino de ciencia divina, que es la verdad, una vez más este año bendecirá la ceniza y la pondrá sobre nuestras cabezas diciendo: Acuérdate, hombre, de que eres polvo y en polvo te has de convertir.

Podrán sus hijos escuchar o no su palabra.

Podrán, si se quiere, despreciarla.

La Iglesia, majestuosa, sigue llevando su fin de enseñar a las almas el camino de su salvación.

M. DE STA. CATALINA.

VENTE CONMIGO

Cuando viniste, Jesús,
a nacer en nuestra tierra,
en las casas de Belén
se te cerraron las puertas.
Por no admitirte los hombres
a nacer en sus viviendas
hubiste Tú de nacer
en un establo de bestias.

Desde entonces sigues dando
fuertes golpes en las puertas,
encontrando muy poquitas
a tus amores abiertas.

Cada vez que te despiden
el corazón se te quiebra.
No quiero que a pasar hambres
Tú vayas por esas tierras.

No pases hambres ni frios
por las posadas desiertas,
en los hogares sin pan
y en las covachas sin leña.

Ven a mi casa, Jesús,
no vayas por las ajenas,
que mi casa es casa tuya
y quiero que estés en ella.

Yo te daré mis cuidados,
ya que tantos te los niegan.
El mundo te trataría
como cosa forastera,
y en mi casa dispondrás
del modo que Tú lo quieras.

Tuyos serán mis brocados
y mis collares de perlas,

las flores de mis jardines,
las crias de mis corderas,
el vino de mis lagares
y la miel de mis colmenas.

Ven, que tengo preparada
una cama muy bien hecha,
mullida, de lana fina
y aseada con limpieza,
donde después de yo ungirte,
al igual de Magdalena,
ya verás cuán bien descansas
con unas mantas tan nuevas
que para Ti las preparo
más lustradas que la seda,
con retales de virtudes
cosidos por la paciencia.

Ven, Amor, ven, Hostia blanca,
que mi ánima te espera
y el corazón ya me brinca
al presentirte tan cerca
y quiere saltar la valla
que en mi pecho le sujeta.

Ven, Amor; ven, dulce imán,
argolla de mis cadenas,
bálsamo de mis dolores
y espíritu de mis penas.

Ven, Jesús, donde te quieren,
donde con gusto te hospedan.
Es hora ya de que encuentres
un corazón que te quiera.

CARLOS MOLINOS.



TRIBUNAL BARATO

—Macario... Macario... Macario.

—¿Qué quiere usted?

—Hijo mío, ¿en dónde te metes?

—No me meto en ningún lao. Es que estaba en la cocina acabando de fregar y recogiendo todo.

—¿Puedes entrar un momento?

—Como usted quiera.

—Entra, entra pues, y hablaremos algo de cosas interesantes.

—Usted dirá.

—Siéntate.

—Ah, ¿pero me tengo de sentar y todo? Por lo visto, va esto pa largo, ya tenemos pa rato.

—Hombre, eso tú lo has de decir; si no enredas la madeja, pronto acabaremos; ahora, si empiezas a hacer el tonto, como acostumbras, pudiera suceder que llegue mediodía y no hayamos acabado.

—Pues mire, por mí, ya himos acabao.

—No, eso no; las cosas hay que llevarlas ligeritas, pero hay que emplear en ellas algún tiempo, según

su importancia. Se acerca la cuaresma, no sé si sabes.

—Ya, ya, estoy al cabo de la calle; aquí tol año es cuaresma: judías, bacalao, sardinas, las consabidas coles y patatas, una bofetada de acelgas sin aceite ni sal y; sooo! macho, apreta la galga, que te vas a desbocar. ¿Perdices?, gracias, güenas estarán de salud pol monte, muchas expresiones de mi parte, que les tengo mucha lay, pero que no puó ir a velas, ni catalas.

—Ya estás haciendo el tonto.

—Aquí, señor, estamos haciendo el tonto tol año.

—De donde resulta que tú no sabes lo que es y lo que significa la santa Cuaresma.

—Sí, señor, si que lo sé, que me lo explicó el año pasao el tío Francisquico y se me quedó todo en la cabeza.

—¡Ya tenemos otra vez en danza al tío Francisquico! Te tengo advertido que no quiero que te trates con él.

—Pues es bien güeno, y sabe muchas cosas; si no estuviá usted delante, pué que dijera que sabía tanto como usted.

—¿Y qué te dijo el tío Francisquico?

—Pues me dijo que la Cuaresma viene de cuando la Virgen Santísima hizo ayunar al niño Jesús cuarenta días seguidos, sin comer otra cosa que un *piacico* de pan y tres higos; pero que se lo hacía ganar a lomo caliente. Le hacía pasar la Virgen to la santa mañana sin probar un *bocao*. Por la tarde, lo mandaba a la escuela en ayunas, que el pobrecico no *vía* las letras. Luego, cuando salía de la escuela, lo mandaba la Virgen a visitar las Cuarenta Horas, y después al rosario del Pilar, de los devotos.

—Pero, hombre, si entonces no había ni Cuarenta Horas, ni rosario; además, el Pilar es cosa de Zaragoza, y la Virgen Santísima no vivió en Zaragoza.

—¿Que no vivió en Zaragoza? ¡Está usted güeno! Pues ¿ande vivió?

—Muy lejos; vivió en el Asia.

—¿Y está eso muy lejos?

—Mucho.

—¿Más allá de Casetas?

—Mucho más.

—¿Y más allá de Calatorao?

—Muchísimo más.

—Pues yo no paso de ahí; a lo más llegaré hasta Calatayud, y por esto otro lao, hasta Caspe. Más allá de Calatayud y de Caspe no hay nada, se m'hace de noche oscuro y no veo ni gota.

—Basta, ¿te convences que el tío Francisquico no es más que un enredador y no sabe nada de nada? Pero el vulgo es así; prefiere los cuentos más disparatados e inverosímiles a los sencillos y encantadores relatos evangélicos. Por supuesto, que esto sólo le pasa a un hombre tan ignorante y torpe como tú; ya sabe el tío Francisquico con quién se las ha de entender, para despacharse a su gusto, con sus mil trapacerías. Sí, sólo tú, que eres la irrisión de las gentes y el *hasme reir* de todo el mundo, puede tragarse barbaridades como las que vomita la boca de ese hombre desahogado que todo lo toma a risa, como si no hubiera cosas, como todo lo que se relaciona con la religión, que son dignas de mucho respeto y que hay que tratar con toda seriedad. ¿A quién, sino a él, se le ocurre el decir que la Virgen Santísima mandaba al niño Jesús a visitar las Cuarenta Horas? ¿No comprendes que en las Cuarenta Horas se adora al Santísimo Sacramento, que es el mismo Jesús, el cual todavía no había instituido la santa Eucaristía? Lo mismo que aquello de que mandaba a Jesús a que fuese a rezar el rosario de los devotos al Pilar. ¿Pero es que no sabes que entonces no había rosario, pues el rosario se fundó para honrar a la Virgen Santísima y, entonces, la Virgen Santísima apenas era conocida, más que en un pequeño rincón de Palestina? No había, pues, entonces rosario; mal le pudo mandar la Virgen Santísima a rezarlo al niño Jesús, y mucho menos al Pilar, del cual no había ni cimientos.

—Oiga usted, pues ¿qué cristianos

eran aquellos que ni iban a las Cuarenta Horas, ni rezaban el rosario? Sólo falta que no fueran tampoco a misa, ni a cumplir con parroquia.

—Claro está que no, hombre. La Santa misa la fundó, en su parte esencial, el mismo Jesús cuando dijo a los apóstoles en la noche de la Cena: *Haced esto en memoria mía*. Y así, por la misa, el sacrificio de su Pasión y de su muerte se perpetúa en el mundo, para la remisión de tantos pecados como se cometen. Si, tenemos un altar que está siempre chorreando sangre, la Sangre del Cordero celestial que borra los pecados del mundo; Sangre que no dejará de correr, mientras corra por la tierra ese torrente cenagoso del cieno acumulado por todos los pecados de los hombres.

—Señor, ¡cuánto necesita uno pa golverse loco! Ahura me convenzo yo de que *usté* sabe muchas cosas, que no sé cómo no s'ha trastornado, aunque no *pué* tardar. Si no *tié* los sesos agua, le debe faltar poco. Con lo que m'ha dicho *usté* ahura, si es *verdá*, se *podía* escribir un libro, y *vendolo* a peso de oro, y sacar perras, y *alimentanos* mejor, que estamos algo *avériaos*.

—Pero, hijo, por Dios, si todo eso lo sabe un niño de la escuela, y tú no lo sabes, porque no eres capaz de aprender nada, como no sean las mentiras que te enseña el tío Francisquico. El hombre fué criado por Dios bueno, con una gran inclinación a la verdad; pero, después del pecado, vive en pleno desastre y al borde del abismo y se siente atraído por el vértigo de la mentira. Pero dejemos esto y vamos a ocuparnos del origen verdadero de la santa Cuaresma.

Nuestro Señor Jesucristo fué el que instituyó, con su ejemplo, el santo tiempo de Cuaresma, retirándose al desierto y ayunando durante cuarenta días.

—Sin tomar nada?

—Nada.

—Pues aún estaría *pior* que *nusotros*.

—¿Qué duda cabe? Pero a ese y a otros muchos sacrificios quiso someterse nuestro Señor, para pagar a la Justicia divina por nuestros pecados.

—Pues no estoy conforme; bien infeliz fué de pagar por nadie, *ca* uno que pague lo suyo, que, a escote no hay nada caro.

—Es que nuestra deuda era tan grande que no la hubiéramos pagado nunca. Vino Jesucristo, que era Dios, cuyos actos son como el oro, de mucho valor; se puso en medio de los hombres, porque también era hombre, y empezó a recoger la deuda de todos, los pagarés de todos, y los inutilizó, los rasgó, para que no pudieran ser objeto de futuras reclamaciones. Por eso pudo decir luego: *Par vobis*, la paz sea con vosotros, ya no se debe nada, la deuda que teniais con el cielo está toda liquidada. Yo fundo un Banco, el Banco de mi Pasión; si alguno no puede pagar, con tal que tenga voluntad de hacerlo, que venga a este Banco; Yo le giraré una Letra, por el valor que sea, para que nadie le pueda condenar por deudor. ¡Qué queréis!, soy vuestro Hermano, todo se queda en casa, en donde todos somos solida-

rios de nuestras grandezas y de nuestros desastres de familia. *Par vobis*, no temáis, que todo se pagará, no tendréis que bajar la cabeza ante ningún acreedor, pues para eso me he hecho Hermano vuestro, y, como soy el Hermano Mayor, es natural que responda de la casa de este mundo; al fin y al cabo, somos familia. ¿Que es grande la deuda? Ya lo sé; pero aún no habéis visto vosotros la gran Caja de Caudales que para vosotros tiene vuestro Hermano Mayor. Entonces veréis que mi Caja de Caudales es mayor que vuestra deuda. ¿Que yo nada debo? Ya lo sé, pero uno u otro había de responder; de lo contrario, todos hubiérais ido a presidio, condenados a cadena perpetua, en las cárceles del Abismo.

Y por eso quiso nuestro Señor inaugurar su vida de redención lanzándose al desierto, para empezar a abrir la gran Caja de Caudales que tenía preparada para el día de la liquidación general, que había de tener lugar en el Calvario, sacando la última moneda, es decir, la última gota de su Sangre. Ahora bien, ¿es decente que a tanta generosidad, a tanta compasión y a tanta misericordia de parte del Hijo de Dios, responda el hombre, como un ser idiota, que no se da cuenta de lo que ha pasado en el mundo; encogiéndose de hombros, como si fuera un pedazo de madera, indiferente a todo lo que le pasa, llegando hasta la grosería, iniciando la conmemoración de la vida dolorosa de Jesús, haciendo alarde, con un desdén satánico, de aquellas miserias y enfermedades que El mismo viene redimir?

Voy a contarte un caso histórico que me refirió un anciano sacerdote, que me causó horror y que nunca he podido olvidar. Había un hijo muy malo, a pesar de las muchas virtudes y de los buenos ejemplos de sus ancianos padres. Sus depravadas costumbres habían llegado a tal punto, habían corrompido de tal modo su corazón que no suspiraba por otra cosa que porque desapareciesen, cuanto antes, sus padres de este mundo, para heredar su saneada fortuna y dar rienda suelta a sus pasiones licenciosas y diabólicos sentimientos. Murió primero el padre, en cuya muerte tuvo una gran satisfacción, pero supo disimular, por temor a la madre, que sospechando las maquinaciones del hijo, le vigilaba y no le perdía de vista, día y noche. Pero le llegó el turno a la madre, que después de una larga y dolorosa enfermedad, murió también. Cansado ya el hijo de esperar tanto tiempo el disfrutar plenamente de la herencia de sus padres, apenas muerta la madre, despidió a todo el mundo de la casa, con el pretexto de que él se bastaba y se sobraba para amortajar a su piadosa madre. Cuando se hubo quedado solo en aquella casa santificada por las virtudes de sus padres, llamó a los compañeros de sus vicios y de sus orgías, mandó traer botellas y carne en abundancia, en una palabra, preparó un gran banquete que, a presencia del cadáver de su madre, fueron groseramente devorando como buitres hambrientos. Una vez que hubieron comido y bebido hasta embriagarse, sacaron las guitarras y se abandonaron al desen-

freno de un baile licencioso que se prolongó hasta la mañana siguiente. Pero aquella profanación escandalosa no quedó impune. No faltó en el pueblo quien conocía a fondo a aquel hijo desalmado y, temiendo alguna atrocidad, lo contó a otros que, después de notar los malos pasos y órdenes de aquel hijo malvado, entre todos montaron una guardia que vigió la casa toda la noche. Avisada la autoridad, se formó juicio sumarísimo y, a la mañana siguiente, al abrir las puertas de aquella casa, en presencia de todo el pueblo, se tomó con todo respeto a la madre para llevarla a la iglesia y al cementerio, llevada por los cuatro hijos mejores del pueblo. Pero detrás de todo el acompañamiento colocaron cuatro caballos y, atados a la cola de los caballos, cogidos por el cuello, aquellos desalmados sacrilegos, que pagaron con tan espantosa muerte, tan atroz y diabólica conducta. Pero, basta por hoy. Y ya lo sabes, para un Padre tan bueno como Jesús, toda delicadeza es poca. Ojo, pues, con lo que vas a hacer durante el santo tiempo de Cuarema.

EL MAGO.

Ecós del Sagrario

¿Que no ves a Dios?

¡Pero si se le ve en todo!

En las flores que pregonan su hermosura.

En los pájaros del cielo que cantan su gloria.

En la tempestad que canta su Majestad.

En el huracán que canta su poder.

En el pan y en los frutos de la tierra que cantan su Bondad.

En nuestras mismas miserias y pecados que proclaman la misericordia que con nosotros ha tenido y tiene.

¿Que no ves a Dios!

Abre los ojos de la fe y lo verás por todas partes.

¿Que eres miserable?

Más de lo que puedes imaginar.

Pero Dios no lo es.

Y Dios es nuestro, muy nuestro, todo nuestro.

¿No se nos da todo entero cuando comulgamos?

Ten fe en El.

¿Que qué es el pecado?

Mira a Cristo.

Es el Unigénito del Padre.

Y sin embargo, al Padre se ha dirigido en el Huerto de los Olivos, y su Padre le ha dejado rezumar sangre por todo su cuerpo en una agonía imponderable.

Su Padre le ha visto clavado en Cruz, y ha permanecido impassible.

Aún ha hecho más: ha dejado caer su mano vengadora sobre El, que era la misma inocencia.

¿Que por qué así?

Porque Cristo había cargado sobre Si nuestros pecados.

¡El Cristo del Sacramento!

¿No le conoces?

Un Dios doliente. ¡Hay tanta ingratitud para con El!

Un Dios suplicante. ¡Se halla tan falto de nuestro amor!

M. DE SANTA CATALINA.

Precio de suscripción.

UNA PESETA AL AÑO
NÚM. SUELTO 5 CTS.
ATRASADO. 10

Pago anticipado

HOJITA PARROQUIAL

DE VILLANUEVA DE ALCARDETE

«PAX VOBIS NON
QUOMODO MUN-
DUS DAT, EGO
DO VOBIS»
(Joann XX. 27.)

La Liturgia

Esa palabra, en su sentido real, en su sentido verdaderamente plástico, es el conjunto de actos con que la humanidad, representada oficialmente por sus sacerdotes, ofrenda al Sér Supremo, de quien todas las cosas dependen, a Dios, en una palabra, el homenaje que le es debido; para darle gracias por los beneficios recibidos, pedirle otros nuevos, obsequiarlo con la adoración y suplicarle se compadezca de las miserias que una libertad mal entendida y una debilidad por-diosera han puesto en su magnífica obra de creación, providencia y redención.

¡La liturgia! Cuán pocos la conocen, aun en sus menores detalles, a pesar de ver todos los días al Sacerdote en el altar; cuanto menos en su conjunto, comprendidos los ciclos en que se desgrana durante el año... Digno de estudio serio es este asunto; de muy alta edificación en las almas nobles, que tienen las ventanas de su corazón abiertas hacia el Cielo; y, por tanto, no faltará de vez en cuando alguna pincelada litúrgica en esta "Hojita".

¡La Liturgia! Obra semidivina, angelical. Parece mentira que en ella hayan puesto mano, no ángeles, sino hombres. Obra de centenares de generaciones de corazón limpio, y por eso vieron a Dios, que se muestra a los corazones de cristal rico y bien labrado.

¡La Liturgia! Con sus ricos acen-tos, lo mismo en prosa que en verso; a la par cuando torrentes de armonía bajan del coro derramándose por las naves del Templo, que cuando el sacerdote en el altar santo invita a los fieles con el "Sursum corda" a un banquete divino; lo mismo con el severo "De profundis", que trae a memoria el eco de las tumbas, que con el salmo 148, que parece lo ha escrito el pico de un ruiseñor; tales son sus tonos y ricas cadencias.

¡La Liturgia! Y ¿qué diremos del Salterio en el rezo del Oficio divino, y de las epístolas, lecciones y evangelio en la Misa, sin contar con las perlas de los introitos, graduales, tractos, ofertorios y oraciones? Desde el punto de vista humano, constituyen una joya literario-mística inapreciable; desde el punto de vista angélico, una adoración cual corresponde, una comunicación del hombre a Dios y de Dios al hombre; tal, que vemos en ella el retrato del Emmanuel Dios con nosotros... Y baste esto.

Pero, ¿y lo otro? ¿Y la Liturgia desde el punto de vista musical?

No hay músico, como lo sea de verdad, que no esté encantado del canto litúrgico; y no hay persona bien nacida que, aplicando su oído a ese canto, aun sin entender la letra, que no se conmueva; los que la entienden lloran, si les toca muy de cerca; y los que la cantan, si el corazón llega a la boca, aunque sean de pedernal, se derriten; hablo del oficio de difuntos. ¡Qué estupenda composición, te-

niendo en cuenta las delicadas cadencias de las terminaciones, bien de versículos, bien de otra cosa cualquiera! ¡Qué introito, qué epístolas, qué secuencia!... Pues, ¿y el ofertorio? ¿y el prefacio? Y qué diré del "Subvenite", en el cual se llama a los ángeles y santos para que vayan a recibir el alma del difunto; y se les llama con un acento de súplica magnífico, concertado con un mandato cuasi regio. ¿Qué diré del suavísimo "Ne recorderis", y del dulcísimo suplicante "Libera me Domine"? Todo eso es... drama, si no epopeya, divinos, con sencillez tal concertados, que merecen ser llamados obra, no de hombres, sino de ángeles. ¡Ah! Si entendieran, o quisieran entender muchos la grandiosidad estética que se encierra en el oficio de difuntos, ello sólo bastaría para hacerles mejores, ya que son buenos. ¿Y aquello de "Al paraíso te conduzcan los ángeles"?

¿Y en las demás funciones litúrgicas? Digno de admiración todo. Todo lo que a eso toca llena el alma y rebasa el corazón. Cada cosa a su tiempo; y con tal acierto que, cada cosa huele a lo que es, y en lo que vive.

Viene el otoño; sabe y huele a tumba, con sus hojas deshojadas; llega el invierno, y todo huele y sabe a Belén, quírase o no, y a Reyes Magos; se acerca la primavera, y, queriendo Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, remozarnos, como la estación remoja a todo ser viviente, nos ofrece la evolución orgánico-espiritual de su santa Cuaresma, comenzando muy temprano con la dominica de Septuagésima, y acabando no tarde con ecos de gloria en Sábado Santo. Llega el verano, y al mismo tiempo que se ven ondear en lagos de mieses las espigas de oro, que alegran el corazón del pobrecito labrador, que siempre lleva encima el "pondus dici et aestus", nuestra liturgia se derrama en effluvis divinos, como el Carmen, Santiago, la Asunción gloriosa de Nuestra Reina, Madre y Señora a los Cielos, en cuerpo y alma; y lo corona todo enlazándolo con lazo de rosas, en el Santo Rosario, desgrane de alabanzas angélicas a Aquella que fué digna Madre de Dios, Reina de los Cielos y la tierra, y digna de toda gloria y honor.

Y si fuéramos a tocar las teclas de esos himnos que han compuesto de rodillas los grandes Maestros... Ese "Veni Creator"; el "Vexilla Regis prodeunt"; ese grandioso "Stabat Mater dolorosa", en su simplicísima sencillez, tejido de hebras de lágrimas dulces; esa terrible "Secuencia" de la Misa de difuntos, en que se hallan los mayores encantos, por sus magníficos contrastes; y otros muchos más, que sería largo numerar; conjunto que compone una Antología rítmica estupenda, ¿qué acordes sonarían? Quédesse su apreciación para los grandes maestros de literatura y arte; para un Chateaubrian, que supo edificar con los restos de la demolición revolucionaria de su

país, en su "Genio del Cristianismo", un templo imperecedero a la Religión, al arte y a la ciencia religiosa, con acometividad y piedad de su corazón noble y digno. Los que, como yo, somos unos pobres, sólo podemos, al acercarnos a esas grandezas grandes, admirarlas; ante ellas quedamos derribados, al no poder comprender en junto cuanto allí se encierra.

La Liturgia es la Apología más limpia, más convincente y más suave del Catolicismo; es una Apología plástica que entra por los ojos y oídos; sube al cerebro, baja al corazón, y luego sube a las ventanas de la cara por donde entró, y allí se derrite en lágrimas de suavidad y dulzura, reconstituyendo al hombre caído.

Salmo 1.º de David.

¡Oh! varón venturoso
aquel que con los malos no se liga,
ni en el escandaloso
camino de los vicios se fatiga,
ni hablando se detiene
con impíos y mordaces chocarreros;
más voluntad no tiene
que la ley del Señor; días enteros
y noche la medita;
cual el árbol plantado en la ribera
que nunca se marchita,
en alegre y perpetua primavera
mantiene el encopado
bullicioso ramaje, siempre verde,
y ofrece sazonado
fruto, sombra y olor que nunca pierde.

Así jamás al bueno
se le mengua su bien; que la ventura
lleva siempre de lleno,
donde toca su mano santa y pura.

No así de los impíos,
no así, que por el viento arrebatados,
cual polvo de baldíos,
esparcidos serán y disipados.
Por eso nunca pueden
en juicio vencer, ni con los justos
haya miedo que queden
en unión y compañía los injustos.

Porque el Señor aprueba
el camino que, siempre dirigido
por El, el justo lleva;
mientras el pecador sigue perdido
las sendas del pecado,
a perdición eterna encaminado.

(Traducción de CARVAJAL).

La Santísima Virgen en Nazaret

A un arroyo que agua lleva,
transparente cual cristal,
los vestidos de Jesús
la Virgen sale a lavar;
por aliviar sus pesares,
bajo se pone a cantar:
las avejillas del campo
se detienen a escuchar.

Para escucharla, el arroyo
su curso quiere parar,
y el Niño Dios, desde casa,
dejando de trabajar,
los cantares de su Madre
también se pone a escuchar.

¡Qué canto tan dulce y tierno,
triste y alegre a la par!

(Ecos del Carmelo y Praga).